

El Racismo es el efecto de la injusticia en Africa del Sur

Manley, Michael

Michael Manley: Primer Ministro de Jamaica

En este momento particular en la lucha contra el **apartheid** y por la liberación final de Africa del Sur, sentimos la presencia de los espíritus de los mártires que murieron en Sharpsville y Soweto. Sentimos que Steve Biko es testigo de estos procedimientos. Al mismo tiempo, se doblegan y aplastan millones de vidas jóvenes en Sudáfrica, Namibia y Zinbabwe, y sus esperanzas marchitas se erigen como un reproche monumental a toda la humanidad.

Me atrevo a hablar, no solamente en mi nombre, sino como una parte y producto de un proceso de lucha en Jamaica, en realidad, todo el Caribe. Vemos a nuestros hermanos atormentados en Sudáfrica desde una perspectiva histórica única. Nosotros mismos, las víctimas de cada atentado perpetrado en Sudáfrica, somos los productos de un sistema de esclavos que fue el fundamento para una experiencia colonial única. Conocimos el genocidio, el racismo, la opresión y la explotación, mientras primero el colonialismo y después el neocolonialismo dominaron nuestras vidas. Igualmente luchamos por nuestra propia liberación y siempre reconocimos que nuestras tareas fueron parte de la experiencia mundial, vinculadas muy particularmente a la lucha africana.

A fines del siglo XIX, Edward Wilmot Blyden, de las Islas Vírgenes, lanzó el primer grito por la liberación de Africa. Fue un trinitario, H. Sylvester Williams, uno de los convocadores al Primer Congreso Pan Africano de 1900. En la década de 1930, el gran George Padmore y C.L.R. James, de Trinidad, se convertirían en mentores de Kwame Nkrumah; Aime Cesaire, de Martinica, sentaba una base psicológica y cultural para la lucha de liberación, así como Frantz Fanon instó a una generación a la indignación necesaria. Y junto con ellos, y antes de la mayoría, estuvo la figura gigantesca de Marcus Garvey, un héroe nacional de Jamaica. Más que cualquier otro hombre de estos tiempos, Garvey inspiró a Nkrumah, a Jomo Kenyetta y a toda una generación de dirigentes negros modernos en ambas márgenes del Atlántico, a esa lucha cuya causa hoy celebramos y tratamos de fomentar.

En 1921, Garvey elevó una petición a la Liga de las Naciones sobre los derechos de los pueblos negros en todo el mundo. Es a la vez categórico e irónico, que en 1928 Garvey haya elevado otra petición a la Liga de las Naciones, en la que sostenía, específicamente, que era inadecuado que Sudáfrica ejerciera las responsabilidades de poder preceptivo en Africa Sudoccidental. Su lista de los crímenes racistas de Sudáfrica hasta el año 1928, podría servir hoy, cincuenta años después, virtualmente sin enmiendas, como un documento definitivo en un arbitraje por parte del Consejo de Seguridad.

En Jamaica estamos orgullosos de que nuestro Gobierno, en la década de 1950 bajo la conducción de otro héroe nacional, Norman Manley, se uniera a la República de India, dirigida por el inmortal Nehru, siendo los dos primeros estados en la historia que prohibieron todo comercio con Sudáfrica, dando así un marco común a nuestra protesta e indignación. Nos sentimos tan comprometidos con Africa del Sur, que junto a nuestra hermana nación caribeña, Guyana, ofrecimos reclutar voluntarios para las luchas de liberación. Todos nosotros, en el Caribe, contribuimos con lo que podemos para los Ejércitos de Liberación, así como ahora estamos ayudando a formar los cuadros en un Estado moderno para el día en que la bandera de libertad flamee finalmente en Salisbury, Windhoek y Pretoria.

NINGUN AFRICANO SERÁ LIBRE HASTA QUE TODA ÁFRICA SEA LIBRE

Uno se puede preguntar qué es lo que impulsó a tantos hombres del Caribe a una preocupación internacional de este tipo. En parte, la respuesta es que buscamos el redescubrimiento de nuestras propias identidades extraviadas en la historia cuando los barcos de esclavos se abrían paso cruzando el Atlántico entre Africa y las Américas. Sin embargo, más importante todavía, es que sabemos que el alegato de Nkrumah de que ningún africano será libre hasta que toda Africa sea libre, es una verdad universal de igual fuerza para todas las razas de todos los continentes. Sabemos que esto es verdad a pesar de que el Caribe se acercó al ideal de una sociedad multirracial, más que ninguna otra comunidad en el mundo moderno. Sin embargo, a pesar de nuestro suceso en comparación, sabemos que estaremos disminuidos e incompletos mientras quede cualquier vestigio del **apartheid** .

Así como señalamos el papel del Caribe en la lucha por la liberación, nos detenemos para rendirle tributo a aquellos gigantes cuyos trabajos alteraron el curso de la historia. Recordamos a Mahatma Gandhi y su extraordinario discípulo en otro tiempo y lugar, Martin Luther King. Debemos retrotraernos hasta

Toussaint L'Overture, Simón Bolívar y José Martí, así como llegar hasta los gigantes modernos como Julius Nyerere, Fidel Castro y Ho Chi Minh.

Ofrezco mi felicitación respetuosa a aquellos que han de ser honrados: Kwame Nkrumah, cuya visión Pan Africana fue la precursora lógica de la dedicación militante de Murtala Mohamed; Jawaharlal Nehru, que comprometió a todo el subcontinente indio y su inmenso prestigio personal, en la lucha; el extraordinario compromiso y dedicación solitaria de Paul Robeson, que anunció y corrió paralela a la campaña ascendiente sostenida tan implacablemente por Canon Collins. Y por último, pero de ninguna manera por eso menos importante, la dirección valiente y sin compromisos de Olof Palme, que aparece como un símbolo de la posición cada vez más progresista, y casi debo decir vanguardista, tomada por todos los países escandinavos.

Si nuestra investigación revela que cincuenta años atrás se elevó una petición a la Liga de las Naciones, en realidad mucho antes que la palabra **apartheid** fuera introducida al vocabulario político, ¿cómo puede ser que hoy estemos tratando de movilizar a la opinión pública otra vez en 1978? ¿Cómo puede ser que un mundo que produjo hombres como Lincoln, Marx Lenin, Mao y Franklin Roosevelt, permanezca impotente frente a este edificio vicioso de vergüenza y degradación? El **apartheid** fue denunciado en la retórica de cada dirigente político significativo del siglo XX. Fue objeto de los mayores alcances de la indignación política. Se lo designó oficialmente como un crimen contra la humanidad. ¿Cómo es entonces que la gran Asamblea de Naciones se encuentra hoy virtualmente burlada por la posición inflexible de Sudáfrica con respecto a sus políticas raciales? ¿Qué hay de este rechazo descarado de la voluntad específica de las Naciones Unidas en Namibia?

Para aquellos que ven al **apartheid** en términos simplistas, como un problema de desegregación entre ferrocarriles, **restaurants** y equipos de **rugby** y fútbol, les debe parecer tan sorprendente, como les debería parecer moralmente repugnante, la supervivencia de la segregación sistemática. Sin embargo, la verdad es que estos síntomas externos tan terribles, son las manifestaciones superficiales de un proceso mucho más profundo que es tan antiguo como la historia del imperialismo moderno. Uso deliberadamente la palabra 'imperialismo'. Como con todas las palabras, se puede abusar en su uso, y sé que hay quienes preferirían que no se usara nunca.

Pero de hecho, es imposible entender el **apartheid** y toda la estructura de opresión en Africa del Sur, sin entender los orígenes y la naturaleza persistente del imperialismo. Los tres siglos que culminaron en 1945, fueron testigos de un hecho único en la historia: la subyugación de las tres cuartas partes del globo por parte de una minoría tecnológicamente triunfante. El imperialismo consistió en la organización militar y política del mundo, con el propósito de la explotación económica. Se ocuparon territorios semivacíos, se destruyeron civilizaciones antiguas y a menudo gloriosas en Africa, Asia y las Américas. La fuerza económica de estos acontecimientos no tiene parangón en la historia humana.

El racismo fue un hijo terrible de ese proceso, pero no debemos dejar que la pasión humana que provoca encubra al verdadero padre del proceso, que es la explotación económica de las naciones por las naciones, y en última instancia, del hombre por el hombre. Y precisamente porque el racismo no es la causa sino el efecto de la injusticia en Africa del Sur, es que debemos mirar más allá de los cuerpos mutilados de Soweto para encontrar el verdadero blanco de nuestra indignación y el objetivo real al que deben dirigirse nuestros esfuerzos.

Es por esto que para nosotros, en el Caribe, la justicia en Africa del Sur, implica algo más que recobrar las identidades que perdimos al cruzar el Atlántico; más que la reconquista de nuestro orgullo ancestral. En una amarga experiencia aprendimos que el **apartheid**, las frustraciones de Namibia y las maniobras de Smith para corromper a todo aquel que se interponga en su camino, no pueden ser separadas, en última instancia, de la ira que finalmente mueve a los pueblos a rebelarse contra la opresión fascista en todas partes; no pueden ser separadas de las continuas frustraciones que obstruyen la búsqueda del Nuevo Orden Económico Internacional: no pueden distinguirse de los términos inexorablemente adversos de comercio para aquellos que sobreviven exportando bienes primarios; no pueden separarse de la insensibilidad de las instituciones financieras mundiales ante las reales necesidades sociales y económicas de los dos tercios de la humanidad; no pueden separarse de la angustia de más de dos mil millones de pobres en el mundo; no pueden ser separadas del desamparo de los ciudadanos que no saben leer; no pueden separarse de la ira de la mujer que espera la oportunidad que ella sabe le corresponde por derecho, pero que no puede disfrutar a causa de su sexo; no pueden ser separadas de los gobiernos de las naciones en lucha, que enfrentan la opción entre la destrucción económica o la sumisión política cuando tratan con las corporaciones transnacionales; y finalmente, y lo que es más crítico, no pueden ser separadas del dominio completo ejercido sobre la distribución e interpretación de las noticias, con el resultado que las verdaderas

causas de su sufrimiento quedarán ocultas para las tres cuartas partes de la humanidad.

Por eso, en última instancia, no es el racismo lo que está hoy aquí en tela de juicio; no es el **apartheid**; ellos son meros síntomas. Lo que se acusa es la explotación, el curso final de la humanidad. Es por esto que, con todo el respeto que merecen aquellos hombres honorables como lo son los dirigentes políticos de nuestro tiempo, Sudáfrica se mantiene como un reproche al resto de la humanidad y una burla a los dirigentes mundiales.

Sostuvimos que el verdadero enemigo es la explotación, ya sea entre naciones o entre hombres, y ya sea nacional o internacionalmente organizada. Estas son las infamias, de la misma clase, que están realmente en tela de juicio. Pero con toda seguridad, es el mundo mismo, y más en particular sus sistemas políticos, los coacusados.

EL NUEVO ORDEN ECONÓMICO INTERNACIONAL Y EL DERECHO DE LOS SUDAFRICANOS NEGROS

En último análisis, África del Sur y el **apartheid** representan un fracaso rotundo del proceso político. Entonces, sería útil que nos detuviéramos a reflexionar sobre la situación en la que se encuentra el mundo.

La conquista política se perpetró siempre en nombre de las ventajas económicas. Sin embargo, en una era anterior, las ventajas económicas eran de tal forma producto de los acontecimientos políticos, que dependían, en última instancia, del proceso político. Si se revirtiera la conquista, cesarían de surgir las ventajas económicas. En consecuencia, de manera natural, la liberación política garantizaría la eliminación de las desigualdades económicas. En el mundo moderno esto no es más así. El sistema económico internacional, expresado a través de su vasta estructura supranacional de corporaciones e instituciones financieras, productoras y distribuidoras, junto con la tecnología de esos cuerpos supranacionales, creó un sistema de influencia y control internacional, que amenaza convertir el proceso política tradicional en algo redundante. Tampoco puede ser esto ignorado por ningún país sin tener en cuenta su tamaño o ideología.

Al final, tanto en las tradicionales como en las más recientes Democracias Populares, la fuente de su soberanía proviene a través del proceso político, del pueblo podemos discutir sobre la autenticidad no de cualquiera de los dos

alegatos, por cualquiera de los dos sistemas le den una obediencia inconfundible a la fuente misma de su autoridad, en lo concerniente a la toma de decisiones sobre lo asuntos humanos; y esa fuente es, incontrovertiblemente, el pueblo. Estamos enfrentados ahora a una nueva autoridad, un nuevo protagonista de las decisiones fundamentales, un nuevo determinante de curso preciso de los acontecimientos dentro de y entre las naciones.

Esta nueva autoridad, que reside y está perdida dentro de los misterios inescrutables del sistema corporativo internacional, tiene este terrible aspecto que, sugiero, la humanidad no puede arriesgarse a ignorar: sus decisiones no derivan de la autoridad y no deben su responsabilidad a fuentes populares en particular. Frente al aterrador poder de este fenómeno, los hombres decentes en posiciones de poder, derraman lágrimas sobre los horrores del **apartheid** y confiesan, en secreto, que no pueden actuar concretamente porque temen las consecuencias. ¿Y cuáles son las consecuencias esgrimidas para fundamentar este sentimiento de desesperación? Son siempre económicas. Este problema ha estado creciendo a lo largo de todo el siglo XX. Muy pocos son los que lo perciben; menos aún los que tienen la voluntad de abordarlo. Pero no es un problema que desaparecerá por sí solo.

El Nuevo Orden Económico Internacional y el derecho de los sudafricanos negros a caminar con sencilla y ordinaria dignidad en su propio país, representan un problema fundamental que la humanidad debe resolver. ¿Quién va a conducir al mundo?; y, ¿en beneficio de quién? ¿Continuará siendo el mundo la expresión vivida de una contradicción entre los propósitos morales y la experiencia concreta? O van aquellos que fueron elegidos para liderar al pueblo, por el pueblo, en interés del pueblo y para beneficio del pueblo, a asegurar la soberanía del pueblo obligando a los acontecimientos a desarrollarse de acuerdo con nuestros propósitos declarados.

Hay quienes me replicarán que esto es irrealista; como siempre, los pragmáticos jurarán que es impracticable. Pero, sugiero que es ya tiempo de que la humanidad se detenga a reflexionar y a ejercer un pragmatismo más profundamente aplicado, antes de que sea demasiado tarde. Porque así como es cierto que la mitad de la historia es producto de aquellas fuerzas que tratan de dominar en nombre de la gloria y de los beneficios, la historia es igualmente producto de las fuerzas de aquellos que se rebelan.

¿CÓMO SACAR EL APARTHEID DE LA AGENDA DE CRÍMENES INTERNACIONALES?

Ultimamente, las Naciones Unidas presentan a la humanidad la oportunidad única de alcanzar la liberación sin violencia a través de una acción inteligente concertada a nivel internacional. Por eso me gustaría invitar a las Naciones Unidas, consciente de la importancia de los temas que están en la picota, a dirigir su mente a este problema de una manera seria, práctica y no retórica. ¿Qué podemos, en realidad qué debemos, hacer para sacar a Africa del Sur de la agenda de la injusticia internacional y al **apartheid** de la agenda de crímenes internacionales?

Concedemos que mi análisis más fundamental de la situación del mundo puede no ser compartido universalmente. Al menos, debemos admitir que el **apartheid** es objeto de una condena universal mayor que cualquier otro fenómeno en la historia moderna. Si mi análisis fundamental es correcto, debemos ocuparnos del **apartheid** por razones que van más allá de la extensión de sus operaciones. Pero si alguien sostiene que mi análisis va demasiado lejos, entonces debemos ocuparnos del **apartheid** por el **apartheid** mismo.

Al considerar el problema de nuestra actitud, detengámonos a evaluar la situación presente. Comencemos con el horror del **apartheid** mismo. Hay quienes creen que el **apartheid** es en realidad un problema de equipos deportivos y de servicios higiénicos públicos. Sin embargo, hoy se reconoce universalmente que la lucha contra el **apartheid** implica el rechazo a aceptar la organización sistemática de una sociedad sobre la base de la superioridad inherente de una raza, la minoría, y la subyugación institucionalizada de otra, la mayoría.

Por lo tanto, nada se soluciona si se seleccionan tres hombres negros para representar a Sudáfrica en una competencia deportiva, mientras se le pague a la población negra, por el mismo trabajo, solo una fracción de lo que reciben sus contrapartes blancas; mientras la población negra tenga que conseguir un pase para viajar dentro de las fronteras de su propio país; mientras la población negra sea excluida de los más altos logros en la economía; mientras se le niegue a la población negra una educación relevante; y, lo que es más crítico, mientras sea excluida del proceso político. Tampoco podemos ignorar la relación crítica entre los acontecimientos en Sudáfrica y los acontecimientos más al norte, en Rhodesia. La ilegalidad del régimen de Smith es un problema técnico, aunque importante, al que no se le debe permitir nunca, oscurecer la unidad esencial del problema. Es por eso que la presencia de Ian Smith en los Estados Unidos representa bastante más

que un simple desafío técnico a la voluntad de los países miembros de las Naciones Unidas, y es lamentable desde todo punto de vista.

Lo que se necesita ahora, es el compromiso de los Gobiernos para embarcarnos en una movilización total de la comunidad mundial. En esta coyuntura crítica, el mundo no necesita la voluntad **popular** para actuar. Vimos a los sindicatos, cuerpos estudiantiles, organizaciones eclesiásticas, cuerpos de ciudadanos de una clase u otra en todas partes del mundo, embarcándose, o esforzándose por hacerlo, en una acción dirigida al aislamiento y a la derrota definitiva de los regímenes racistas. A menudo, estas organizaciones y cuerpos están dentro mismo de los países cuyos Gobiernos todavía se niegan a actuar. En consecuencia, rechazamos la sugerencia de que los Gobiernos no pueden actuar porque sus pueblos no apoyarían la acción. Creemos que todo Gobierno que tenga el coraje de movilizar a su pueblo y de decir la verdad, recibirá el apoyo abrumador de todos sus ciudadanos. Tampoco aceptamos que pueda haber algún principio que inhíba a los Gobiernos de actuar. La historia de los últimos treinta años está colmada de casos de Gobiernos que actuaron, haya sido justa o injustamente, contra países que ellos juzgaron podrían afectar sus intereses. Esto lo vimos virtualmente en todos los continentes, incluso después de establecido este cuerpo. En contraste, hay un caso en el que todos concuerdan sobre los derechos comprometidos.

Soy consciente, que cuando proponemos que se tomen medidas específicas contra Sudáfrica, se harán oír, al instante, con toda clase de fundamentos, las voces que aconsejarán que no se debe proceder. Por un lado, estarán aquellos que dirán, francamente, que no están preparados para sufrir ninguna clase de pérdidas en sus beneficios, o una dislocación, como consecuencia de cualquier proceder contra Sudáfrica. Estarán también los persuasores más sutiles, que sostendrán que su preocupación real es que las medidas tomadas contra Sudáfrica no perjudiquen a los sudafricanos negros, en el sentido de que no les signifique ninguna pérdida material. A estos últimos, les respondemos que ninguna pérdida material puede ser comparada, en ninguna escala de valores, con la perspectiva de recuperar la dignidad humana.

Por supuesto, está el punto de vista oído a menudo, de que la necesidad económica dentro de Sudáfrica y el surgimiento de un sentido de decencia entre los dirigentes racistas mismos, derribará el **apartheid**. Pero, ¿por qué deben esperar hoy los derechos absolutos de millones de personas el incierto resultado de una esperanza piadosa? En realidad, es precisamente esta clase de evasión moral la que le costó tanto al mundo en el pasado.

Finalmente, debemos contar con la pretensión cruda de la minoría que dice que prefiere el **apartheid** antes que un cambio, ya que el cambio podría conducir a una ideología que ellos no aprueban. Pero no se puede tener todo a la vez. En un mundo pluralista, el derecho inalienable de cada hombre es el derecho a la autodeterminación, y no sus resultados. Y allí donde se niega el derecho absoluto a la autodeterminación, es donde la paz esta más amenazada.

El año pasado, las Naciones Unidas, dando un paso tímido hacia adelante, impusieron un embargo de armas. Actuando de acuerdo con lo establecido en el Capítulo No. 7, se decide que la venta de armas a Sudáfrica representaría una amenaza a la paz y seguridad mundial. Sin embargo, todos sabemos que no es la venta de armas lo que representa la amenaza. Para comenzar, Sudáfrica está fuertemente armada, y posee una industria propia de armas sofisticadas. Por lo tanto, aun cuando aceptemos este paso hacia adelante por su efecto psicológico, no nos engañamos a nosotros mismos, y sabemos que es el régimen mismo y el sistema del **apartheid** lo que representa una amenaza a la paz y seguridad del mundo.

Recordemos el sórdido papel intervencionista de Sudáfrica en Angola; su apoyo al régimen de Smith en Rhodesia y la continua intervención de este régimen en Mozambique y Zambia. Ahora que hemos visto su último acto de desafío en Namibia, uno se siente tentado a preguntar: ¿Qué más debe suceder para que las grandes potencias acepten la amenaza que representa? Por lo tanto, exhortamos al Consejo de Seguridad que declare, sin atenuaciones, que Sudáfrica representa una amenaza para la paz y seguridad mundial, según lo establecido en el Capítulo No. 7 de la Carta de esta Organización.

PREPAREMONOS A ACTUAR Y DETERMINEMONOS A NO FALLAR

Exijamos a todos los miembros de la comunidad internacional, que comiencen a prepararse para los varios tipos de medidas que requieren ser tomadas. Finalicemos, aprobemos y observemos una convención efectiva contra todo contacto deportivo; y hagámoslo sin más demora. De acuerdo con lo establecido en el Artículo No. 41 de la Carta de las Naciones Unidas, está previsto que el Consejo de Seguridad tome pasos prácticos para tratar con un Estado que represente una amenaza para la paz. Esto incluye sanciones económicas. La comunidad internacional está ya suficientemente familiarizada con una serie de medidas que podrían ser adecuadas: la suspensión de las inversiones y del envío de repuestos para la maquinaria, y el corte del suministro de petróleo, son ejemplos de las

medidas que se podrían tomar además de las sanciones económicas. Pero incluso mientras nos preparamos para tomar estas medidas, hay un paso contemplado en el Artículo No. 41 que es simple de aplicar, que está dentro de la capacidad de todas las naciones, y que tendría un efecto dramático, si no devastador, sobre el régimen racista.

Que todas las naciones del mundo, actuando de acuerdo con lo establecido en el Artículo No. 41, interrumpan todo con tacto aéreo, marítimo y terrestre con Sudáfrica. Demos instrucciones a todas las compañías de navegación aérea y marítima, en el sentido de eliminar a Sudáfrica como escala. Neguemos igualmente todos los derechos de aterrizaje y de atraque a todos los aviones y barcos que pertenezcan o que hayan salido de Sudáfrica; y preparémonos para aplicar el Artículo No. 42, que autoriza a realizar bloqueos, si se comprueban inefectivas las medidas previstas por el Artículo No. 41.

Que sea esta la primera acción en la movilización final de la comunidad mundial. Y decimos "primera acción", porque debemos estar preparados para ir tan lejos como esté previsto en los Artículos Nos. 41 y 42 de los estatutos. Sanciones totales, aislamiento diplomático e incluso el bloqueo, son un precio no muy alto por pagar ahora para evitar el holocausto que seguramente vendrá, y al cual nos veremos todos arrastrados, si no actuamos.

A lo largo de la historia no se ha discutido tan a fondo un tema ni se ha condenado tan universalmente una práctica, como el **apartheid** .

El momento de actuar debe ser ahora.

En toda Africa del Sur no hay otro tema en discusión que más o menos la justicia misma. Zimbabwe debe ser libre, y el frente patriota y sus combatientes por la libertad deben participar plenamente de esa libertad. Namibia debe ser libre y segura, y la Organización del Pueblo de Africa Sudoccidental (SWAPO) debe tener pleno acceso y sin impedimentos a los frutos de esa libertad. Y en Sudáfrica, no se le debe negar a ninguna persona el acceso al proceso político, a los beneficios económicos o a las experiencias culturales de ese país, a causa de su raza.

Estos son los temas en discusión. Lo que está en tela de juicio es la capacidad de la comunidad mundial para actuar. Lo que corre riesgos es la paz. En balance está nuestra capacidad de construir una civilización que descansa, de manera segura, sobre bases de justicia y dignidad humana. En nombre de cada mártir que murió

por la libertad; en nombre de cada niño que enfrenta en este momento la pared vacía del rechazo racial; en nombre de todos aquellos que deben arriesgar sus vidas para liberarse de la afrenta de esa vergüenza, preparémonos a actuar, y determinémonos a no fallar.